

Así terminó sin efusión de sangre, y por lo mismo con admiración de todos los hombres políticos, la complicada y antigua cuestión de la sucesión de los hijos de Isabel Farnesio de España á los ducados de Parma, Toscana y Florencia, objeto de los afanes de aquella reina, que logró por fin ver satisfecho su anhelo, pero que estuvo muchas veces para comprometer en serios disturbios á todas las naciones y producir sangrientas guerras en Europa. No hay duda que en este sentido hizo un gran servicio el rey Jorge de Inglaterra.

Ha un estado de los navíos, galeras y tropas que salieron de Barcelona para Italia el 17 de octubre de 1731, con los nombres de los navíos, cañones que montaba cada uno, y el número de soldados de cada arma y de cada cuerpo.

CAPITULO XIX.

RECONQUISTA DE ORAN.

DON CARLOS REY DE NAPOLES Y DE SICILIA.

De 1732 á 1737.

Grandes y misteriosos armamentos en los puertos y costas de España.—Espectación y alarma pública.—Sale de Alicante una poderosa armada.—Manifiesto del rey declarando el objeto de la expedición.—Gloriosa reconquista de Oran.—El conde de Montemar vuelve á Sevilla.—Combates en Africa para mantener las plazas de Oran y Ceuta.—Otros proyectos de la corte de España.—Quejas y reclamaciones del Imperio y de la corte de Roma sobre la conducta de Carlos en Parma y Toscana.—Oficios de Inglaterra para evitar un rompimiento.—Muerte del rey de Polonia.—Ruidosa cuestión de sucesión á aquel trono.—Anuncios de nuevos y grandes disturbios en toda Europa.—Regresa la corte de Sevilla á Madrid.—Alianza de Francia, España y Cerdeña contra Alemania y Rusia.—Neutralidad de Inglaterra y Holanda.—Ejército ruso en Varsovia.—Elección de dos reyes.—Ejércitos franceses, sardos y españoles, en el Rhin, en Lombardía y en Toscana.—Expedición española á Nápoles.—El conde de Montemar—Generalísimo el infante don Carlos.—Entrada de Carlos en Nápoles.—Es proclamado rey.—Gloriosa acción de Bitonto.—Rendición de Gaeta.—Recuperación de Sicilia.—El duque de Montemar.—Carlos de España rey de Nápoles y de Sicilia.—Guerra sangrienta en Lombardía y en el Rhin.—Disgusto y conducta de las potencias marítimas—Tratos de paz entre Francia y el Imperio.—Ajuste de preliminares en Viena: artículos.

—Suspension de hostilidades.—Resistencia y reparos de la corte de España.—Sentimiento de los toscanos.—Accede por último Felipe V. al tratado de Viena.—Distribucion de reinos.—Contestaciones entre Carlos y el pontífice sobre el feudo de Nápoles y Sicilia.—Regreso de Montemar á España.

Aquietada con esto al parecer la Europa, sosegado el movimiento diplomático, y en tanto que en Sevilla parecia no pensarse en otra cosa que en arreglar la ejecucion de lo acordado con Inglaterra en el último convenio, por medio de comisarios tratadores que al efecto fueron por una y otra corte espresamente nombrados (bien que varios puntos hubieron de quedar sin resolucion y en suspenso por falta de conformidad entre ambas partes), observaron ó supieron las potencias con no poca sorpresa y recelo los grandes armamentos marítimos y militares que en los puertos y costas de España se estaban haciendo, especialmente en Cádiz, Alicante y Barcelona, y que á la flota que volvió de Italia y se mantenía armada, se le mandó proveer de todo lo necesario para un viage de cuatro meses. Todos discurrían, indagaban todos y nadie acertaba á saber ni penetrar el objeto de tales aprestos, y dónde se dirigiría la empresa que sin duda se meditaba. Asustóse Génova al ver acercarse con cierto aparato á sus puertos seis navíos de guerra españoles, los cuales sin embargo no iban sino á recoger dos millones de pesos que la corte de España tenía en el barrio de San Jorge, y habían de servir para la

espedicion, fuera de una cuarta parte que se envió al infante don Carlos. Alarmóse el emperador, y fué menester para tranquilizarle despachar un espreso al duque de Liria para que le asegurase que no se enderezaba la espedicion contra ninguna de las potencias aliadas.

Siguieron los preparativos, con tanta actividad y en tan grande escala, que al apuntar la primavera (abril, 1732), llegaron á reunirse en la playa de Alicante mas de seiscientas velas, cosa que causó general asombro, pues como dice un escritor de aquel tiempo, «nunca se vió el mar Mediterráneo cubierto de tanta variedad de banderas juntas.» La artillería que llevaban á bordo, ademas de la de las naves, constaba de ciento diez cañones y sesenta morteros. Juntóse para esta empresa un ejército de veinte y siete mil hombres, con algunas compañías de voluntarios y gran número de aventureros, entre los cuales había oficiales de mucha distinción, y mas de treinta títulos de Castilla. Dióse el mando de la armada al teniente general don Francisco Cornejo, el del ejército al conde de Montemar don José Carrillo de Albornoz. Se recordaban las grandes empresas navales del tiempo de Carlos V., que ninguna excedió á ésta, ni en el número de vasos, ni en la magnificencia y abundancia con que iba provista ⁽¹⁾. Ignorábase todavía su

(1) Hé aqui algunos curiosos pormenores que un escritor contemporáneo nos suministra acerca de esta grande armada. Com-

destino; traslucíanle pocos, para los más permanecía misteriosamente encubierto.

Cuando todo estuvo dispuesto, y pronta la escuadra á darse á la vela, dió el rey un manifiesto (6 de junio, 1732), y envióle al Consejo de Castilla para que se publicára en Madrid, declarando que la expedición se dirigía á recobrar la plaza de Orán en la costa de Africa, que recordará el lector se había perdido en 1708, por culpa de aquel conde de Santa Cruz que desde Cartagena se pasó al archiduque de Austria con las galeras y el dinero que se le había dado para su socorro. El 13 de junio (1732) sonó el cañon de leva en la playa de Alicante; todas las embarcaciones levaron anclas, y el dia siguiente comenzó á navegar la escuadra en perfecto orden y ofrecien-

poníase de 42 navíos de guerra españoles, el que menos de 30 cañones; 2 bombardas; 7 galeras de España, mandadas por don Miguel Regio; 2 galeotas de Ibiza; 4 bergantines guarda-costas de Valencia; 109 naves de transporte; 30 fragatas; 97 saetías; 48 pinques; 20 balandras; 4 urcas; 161 tartanas; 2 polacras; 8 paquebotas; 2 gabarras; 26 galeotas, y otras 57 embarcaciones desocupadas. Se componía el ejército de 40 batallones y 24 escuadrones. Embarcáronse 42,400 quintales de pólvora; 16,420 bombas; 56,000 granadas de mano; 80,695 balas de cañon; 4,522 quintales de balas de fusil; 8,000 cajones de cartuchos; 33,000 tacos para la artillería; 12,000 fusiles de repuesto; 200 cureñas de todos ca-

libres; 20 carros cubiertos; 240 alventrenes; 60 carrromatos baleros; 60 galeras; 40,000 faginas de á 12 pies, 20,000 de á 9 pies; 14,000 salchichones; 80,343 sacos para tierra; 20,500 instrumentos para gastadores, como son palas, picos y espuelas; 780 caballos de frisa; 150 acémilas; 422 barracas de madera; 81 hornos de campaña; 140 mulas para la artillería; 450 machos de abasto y de tiro; 36,000 fanegas de cebada; 220,000 arrobas de paja; 14,000 herraduras para caballos; 250,000 quintales de plomo; 400 vacas; 1,576 carneros; 4,000 gallinas; 4,000 camas de hospital; 2,000,000 de raciones de armada; 7,000 botas de vino; 490,000 arrobas de leña..... —Belando, Historia civil, p. IV., c. 99.

do á la vista un magnífico y vistoso espectáculo. El 25 estaba ya á la vista de Orán, pero el temporal obligó á diferir por cuatro dias más el desembarco, que se hizo en el parage llamado las Aguadas, á legua y media del castillo de Mazalquivir. Ya estaba la mayor parte del ejército en tierra, cuando se dejaron ver algunas partidas de moros, que la artillería de los barcos logró ahuyentar, y nuestras tropas persiguieron tierra adentro, dando lugar á que acabára de desembarcar toda la gente. Quisieron luego hacerse fuertes en un cerro junto á la única fuente de agua dulce que habia por aquellos parages. Pero destacando contra ellos el general español diez y seis compañías de granaderos á las órdenes del marqués de la Mina, estos bizarros soldados sin haber tenido tiempo de descansar los fueron intrépidamente desalojando de cerro en cerro, mientras otro cuerpo de granaderos ocupaba la montaña llamada del Santo que domina el castillo de Mazalquivir. Atemorizados con esto noventa musulmanes que guarnecian el castillo le entregaron por capitulacion, pasando ellos á Mostagan. Este suceso fué para los cristianos un anuncio del éxito feliz de su principal empresa.

En efecto, la mañana siguiente, un criado del consul francés en Orán se presentó en el campamento español anunciando que la noche anterior las tropas infieles de la plaza, con el bey á su frente, habian abandonado la ciudad y los fuertes, retirándose con lo

mas precioso de sus alhajas. El conde de Montemar envió un destacamento con objeto de que se informara de la verdad del hecho, mientras él disponia la tropa para seguirle, si era exacta la noticia. Éralo en efecto, y el mismo cónsul salió á recibir al ejército español, que entró sin dificultad en la plaza, la cual halló desierta, así como el palacio del bey (1); pero los almacenes estaban llenos de víveres y municiones, y entre la plaza y los castillos se encontraron ciento treinta y ocho piezas de artillería, de ellas ochenta y siete de bronce, con siete morteros. Purificáronse los templos y se cantó el Te-Deum en celebridad de haber vuelto á tremolar en aquella ciudad las banderas cristianas (5 de julio, 1732). De esta manera y con esta facilidad volvió al dominio del monarca español aquella importante plaza africana, que desde la conquista del inmortal Cisneros habia pertenecido á la corona de Castilla por espacio de dos siglos cumplidos. El marqués de la Mina fué quien trajo á Sevilla la noticia de tan próspero suceso, y el rey mandó que en todas las iglesias de España se celebrara una fiesta religiosa en accion de gracias por el éxito feliz de la expedicion.

Opinamos hoy, como entoncés opinaron muchos políticos, que fué un error lamentable el no haber aprovechado ocasion tan propicia para recuperar á

(1) Este bey, llamado Hacen y los grandes bigotes que tenia. Era tambien Mustafá, es el que los españoles nombraban *Bigotillos*, por el mismo que se habia apoderado de Orán en 1708.

Argel, porque todas las circunstancias eran favorables, y medios sobraban para ello; é indicábalo la misma confusion y aturdimiento en que se puso la ciudad, segun lo avisaban los cónsules europeos, y las disposiciones que ya tomaban para retirarse los mas opulentos mercaderes. Si Carlos V. en su desgraciada expedicion de 1541 se hubiera hallado en tan favorable coyuntura, de cierto no habria continuado Argel en poder de los moros africanos. Ahora aquella formidable escuadra se restituyó á España (1.º de agosto, 1732), contentándose los generales con dejar diez batallones de guarnicion en Orán al mando del marqués de Santa Cruz, sin intentar otra conquista. Dáse la razon de que no prevenian otra cosa las instrucciones de la córte, mas no debió parecer suficiente causa á los escritores de aquel tiempo, cuando ellos mismos añaden: «Sin duda no debió convenir por entonces, pues así Dios lo dispuso (1).» El conde de Montemar á su regreso á Sevilla (15 de agosto) recibió de manos del rey el insigne collar del Toison de oro en premio del gran servicio que acababa de hacer á su patria, é igual merced fué otorgada á don José Patiño, promovedor de la empresa.

Arrepentido el bey Hacen de la cobardía con que

(1) Frase textual de Belando y de Campo-Raso.—Historia Civil, P. IV., cap. 401.—Memorias políticas, ad ann.—William Coxe apenas hace una ligerísima indicacion de un armamento tan considerable, de una tan notable expedicion y de un suceso tan importante como la reconquista de Orán. En el texto le dedica una sola línea, y solamente habla de ella en un apéndice.

habia abandonado á Orán en un momento de aturdimiento y turbacion, hizo después mil tentativas para recuperarla, y no cesó en los meses siguientes de molestar la guarnicion sin dejarla sosegar. Los españoles hacian sus salidas, y ahuyentaban las turbas de moros, mas no sin correr peligros, y en una de ellas pereció el duque de San Blas. A últimos de agosto atacó Hacen el castillo de San Andrés con doce mil hombres: esta vez fué rechazado con pérdida de mas de dos mil. Unido luego á los argelinos, intentó mas adelante la sorpresa de otro fuerte (11 de octubre), aunque sin fruto; mas como quiera que estas acometidas no cesáran de repetirse, creciendo cada dia el número y la audacia de los moros, hubo necesidad de enviar de España un refuerzo de seis navíos de guerra con cinco mil hombres. Llegaron éstos en ocasion que un ejército formidable de moros tenia casi por todos lados cercada la plaza. El gobernador, celebrado consejo de guerra, y queriendo castigar el orgullo de los sarracenos, dispuso la salida de ocho mil hombres de la guarnicion. Empeñóse pues una terrible batalla, en que al principio los españoles hicieron á los mahometanos abandonar sus trincheras y posicion, y los persiguieron por espacio de legua y media haciendo en ellos gran matanza. Pero rehechos los moros al abrigo de una pequeña colina, y arremetiendo con ímpetu á los españoles, de tal modo los desordenaron que hubieran tal vez acabado con to-

dos ellos, á no haber acudido oportunamente con el resto de la guarnicion el gobernador marqués de Santa Cruz, que rehizo á los nuestros y cambió de aspecto y de resultado la pelea, aunque con la desgracia de que pereciera el marqués con algunos bravos coroneles en lo mas recio de la accion y de que quedára cautivo el marqués de Valdecañas (noviembre, 1732). En esto acabaron de desembarcar las tropas, y dejando las mochilas y marchando á la ligera al lugar del combate, hicieron tres descargas seguidas tan á tiempo y tan certeras, que detuvieron el ímpetu de los moros y los ahuyentaron, dando lugar á los cristianos á retirarse ordenadamente ocupando las trincheras que aquellos habian construido. Todavía á los dos dias se presentaron otra vez arrogantes delante de Orán, pero escarmentados de nuevo, y herido, á lo que se dijo, el mismo bey Hacen con dos de sus mas allegados parientes, retiráronse detrás de sus montañas, y cesaron por entonces sus tentativas. Nombróse al marqués de Villadarias gobernador de la plaza de Orán en reemplazo del de Santa Cruz.

Sucedió tambien á este tiempo la intentona del rey de Marruecos para arrancar la plaza de Ceuta del dominio del monarca español, movido á esta empresa por instigaciones del famoso baron de Riperdá, que despues de haberse fugado del alcázar de Segovia, y de haber andado prófugo y errante por las naciones de Europa sin hallar en ninguna de ellas aco-

gida ni asilo, y rechazado por todas, habia emigrado á Marruecos, y renegado de la fé cristiana y héchose musulman, segun en otra parte dejamos indicado. Allí apuntamos tambien los combates á que habia dado ocasion el sitio de Ceuta por los moros marroquíes, los refuerzos que habian ido de España, y cómo en una salida vigorosa que hicieron los cristianos destrozaron el ejército infiel, y cogieron su artillería y sus banderas, y el aventurero Riperdá logró huir con no poco trabajo y peligro á Tetuan ⁽¹⁾. Los de Marruecos, habiendo sabido la victoria de los españoles delante de Orán, desistieron tambien de sus tentativas sobre Ceuta, y se retiraron á bastante distancia de aquella plaza ⁽²⁾.

Era comun opinion entre los políticos que aquel alarde de fuerza que la España acababa de hacer no tenia por solo objeto la conquista de una plaza atri-

(1) Al dar cuenta de esta batalla don José del Campo-Raso, y de que entre los papeles cogidos al bajá Aly-Den se halló una carta de un mercader inglés que reclamaba se le pagasen las municiones suministradas á los moros por sus corresponsales de Inglaterra, exclama con patriótico celo: «¿Quién puede mirar sin horror una conducta tan reprehensible? ¿Cómo, que sin atender á la alianza que por el tratado de Sevilla concedia tan grandes ventajas á los súbditos de la Gran Bretaña, prestasen éstos fuerzas contra un monarca que acababa de hacerles tantas mercedes?

»¿Cuál es el gobierno en el mundo que no reprimiría semejante abuso?»

(2) El P. Fr. Nicolás de Jesus Belando dedica á la narracion de estos sucesos de Orán y Ceuta los capítulos 402 á 407 de la Parte IV. de su Historia civil de España, con los cuales pone fin á su obra. Sentimos que nos falte la guia de este historiador, que en medio de sus defectos de crítica, escribió con gran copia de datos y con gran conocimiento de los hechos de este reinado, siendo por lo mismo generalmente exacto en sus narraciones.

cana, sino que era una disimulada preparacion, ó para emplear aquellos armamentos en Nápoles y Sicilia, ó para el caso en que el emperador pusiera algun obstáculo á la posesion de don Carlos de los ducados de Parma y Toscana. Y en efecto, la manera como se dió posesion de aquellos estados al príncipe español abrió la puerta á discordias y disturbios que se creian ya terminados. De contado, la córte de Roma que esperaba iria el infante á recibir la investidura pontificia del ducado de Parma como feudo de la Santa Sede, y que al efecto le habia enviado pasaportes y tenia preparado ya el ceremonial para ello, vió con sentimiento y con sorpresa que el infante de España, sin cuidarse de tales pasaportes, se fué derecho á Florencia, y el emperador vió con igual sorpresa y sentimiento que el senado florentino, sin cuidarse de la investidura imperial, recibió á Carlos como á heredero presunto del gran duque, y le reconoció y juró por sí gran duque de Toscana (24 de junio, 1732). Por mas que el infante enviara luego á la córte imperial al conde Salviati como plenipotenciario á solicitar del emperador la dispensa de edad y el relevo de la tutela para tomar por sí la administracion de estos estados, el consejo áulico encontró incompetente semejante demanda, y ofendido de tal proceder el emperador, con acuerdo del consejo escribió al senado de Florencia mandándole anular todo lo actuado el 24 de junio, y á la duquesa viuda de Parma que se abs-

tuviera de darle posesion de aquel ducado sin la investidura imperial. A pesar de esto, y con arreglo á las instrucciones que recibió de la córte española, el infante pasó á Parma, y tomó posesion sin esperar el diploma del imperio (12 de octubre), despues de lo cuál volvióse á Plasencia, y ejecutó lo mismo (22 de octubre) con las acostumbradas formalidades.

Como una infraccion de los estatutos y decretos imperiales, y como un ultraje hecho á su dignidad tomó el emperador aquellos actos de posesion; y como interiormente se alegraba de hallar pretextos para embarazar el establecimiento de un príncipe Borbon en Italia, quejóse á la Inglaterra de aquella violacion de sus derechos feudales por parte de España, y sin perjuicio de esto mandó reclutar tropas y hacer grandes armamentos y preparativos militares, como quien se prevenia otra vez para un rompimiento. Sobre esta actitud bélica le hicieron varias representaciones los ministros de España é Inglaterra, duque de Liria y Robinson, y éste último especialmente interpuso á nombre de su soberano sus buenos oficios para conseguir la dispensa de edad y la investidura á favor del infante de España. El medio que proponia era que el infante pidiese al emperador el título de gran duque de Toscana; el soberano del imperio no lo repugnaba, con tal que se sujetase la requisicion á cierto formulario, en que constára la cualidad de vasallo de la magestad cesárea que don Cárlos habia de tener.

Mas en tanto que en Viena se trabajaba en este sentido, presentó el conde de Montijo, embajador de España en Lóndres, al rey Jorge II. una Memoria, quejándose en nombre de la córte española de la ofensa hecha al gran duque por el modo con que pretendia el emperador obligar al senado de Florencia á obedecer los rescriptos imperiales, y sobre otros procedimientos de aquel soberano, reclamando la garantía de S. M. Británica.

Ocupábase el rey de la Gran Bretaña con incansable paciencia, en vista de las dificultades que de nuevo se presentaban, en buscar como buen mediador, una solucion que evitára el rompimiento que parecia amenazar entre la España y el Imperio, cuando la muerte de Augusto II. rey de Polonia y elector de Sajonia (1.º de febrero, 1733) vino á aumentar los cuidados del monarca inglés, para ver de sosegar las turbulencias que este acaecimiento comenzó á suscitar al instante en Europa. El rey de Francia estaba interesado en restablecer en aquel trono á Estanislao su suegro: el emperador de Alemania no podia consentir en tener por vecino un príncipe tan estrechamente unido con el monarca francés; la misma Polonia se dividió pronto en bandos que hacian presagiar funestas consecuencias para aquella república: las potencias inmediatas á Polonia se agitaban; Austria, Rusia y Prusia concluyeron un tratado secreto para excluir de aquel trono á Estanislao, movida cada una por su par-

ticular interés, y todas hacian marchar numerosos cuerpos de tropas hácia aquella desgraciada nacion, que en vano protestaba contra tales procedimientos y reclamaba el derecho de elegir sus reyes. Aunque nadie dudaba del interés de la Francia por Estanislao, quiso el rey cristianísimo, ó por lo menos aparentó querer respetar la libertad de Polonia, y en un manifiesto que hizo comunicar á varias córtes protestó contra la violencia que se intentaba hacer á los polacos, no pudiendo menos de mirarlo como un atentado, y como un designio de turbar la tranquilidad de Europa. A este manifiesto respondió la córte de Viena con un contra-manifiesto, volviendo en términos arrogantes al rey de Francia los cargos de violencia que á ella le hacia, suponiéndole interesado en proteger un candidato para el trono de Polonia, y declarando que su soberano no tenia que dar cuenta á nadie de la marcha de sus tropas á la Silesia. Con esto ya no vaciló el marqués de Monti, ministro de Francia, en trabajar abiertamente por el rey Estanislao, en union con una parte de aquella república, y preparó una escuadra en que hizo embarcar al marqués de Thiange figurando que era el mismo príncipe, y haciéndole dar los honores correspondientes á aquel personage.

Al compás que se iban agriando las relaciones entre las córtes de Viena y de Versalles, estrechábase la union entre las de Versalles y de Sevilla. Continuaba ésta recibiendo noticias satisfactorias de Africa.

Porque si bien los moros, pasado el invierno y reforzados con algunos socorros que les envió el sultan de Constantinopla, volvieron á inquietar en número considerable la plaza de Orán y sus castillos, y hubo necesidad de enviar refuerzos de naves y de tropas, y de dar muy sérios combates, el marqués de Villadarias, mas afortunado en las playas africanas que en Cádiz y en Cataluña, supo escarmentarlos y mantener con honra en Orán el pabellon español.

Con la agitacion y el movimiento que habia empezado á producir en Europa la cuestion de Polonia, la córte de España, que llevaba mas de un año de residencia en Sevilla (si bien haciendo sus escursiones al Puerto de Santa María, Cádiz, Granada y Cazalla), determinó regresar á Madrid, donde habian quedado los consejos y tribunales, para estar mas á la mano del despacho de los negocios, que con fundamento se suponía habian de ser muchos y muy graves. Y el rey don Felipe, que hacia muchos meses vivia en el alcázar de Sevilla tan retraido y aislado y en tanta abstraccion y apartamiento de los negocios públicos como hubiera podido vivir en su amado retiro de San Ildefonso, confiado el gobierno á la reina y á Patiño, pareció salir con aquellas novedades de un profundo letargo, y volvió á encargarse del gobierno y á enterarse menudamente de todos los asuntos pendientes, pasando de improviso de la indolencia y la apatía á una actividad estremada; cuyo cambio

atribuyeron los ministros estrangeros al influjo eficaz de la reina, porque así convenia á sus miras, y parecia manejar como por un resorte mágico el corazón, y aun las facultades intelectuales de su marido. Partió, pues, la corte de Sevilla (16 de mayo, 1733), y trasladóse en junio al Real Sitio de Aranjuez ⁽¹⁾.

Llegaban ya con frecuencia correos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. El monarca inglés, el que mas trabajaba por el mantenimiento de la tranquilidad europea, no alcanzaba á dirimir las disidencias producidas por los opuestos intereses que habia despertado la muerte del rey de Polonia. Y hasta la reina de España, ciega de amor maternal, tuvo tentaciones de pretender aquella corona para su hijo don Carlos, pensamiento loco, de que acertó á disuadirla el ministro Patiño ⁽²⁾. Este hábil ministro la distrajo de aquel temerario proyecto, presentándole otro que como mas asequible, habia de halagar mas todavía su amor de madre, á saber, el de aprovechar la distracción de la corte y de las armas imperiales en la cuestion de Polonia, para emprender la recuperacion de los reinos de Nápoles y Sicilia, estableciendo en ellos al infante don Carlos, á cuyo fin se unirían las fuerzas de España con las de Francia, puesto que esta potencia lo so-

(1) Campo-Raso, Memorias políticas y militares, Continuacion de los Comentarios de San Felipe, tomo IV.—Correspondencia del embajador inglés Keene.—Gacetas de Madrid de 1733.

(2) Al decir de un bien informado escritor, llegó Isabel á enviar poderes y amplias instrucciones al efecto al padre Araceli, religioso teatino.

licitaba con ardor, lo cual convendría emprender luego que la Francia rompiera las hostilidades con el Imperio, y abandonára el emperador la Italia para atender con sus ejércitos al Rhin. No fué menester mas que el anuncio de un plan tan lisonjero á las inclinaciones y á los deseos de la reina, para que desde entonces no se pensara mas que en los medios de ponerle en ejecucion. Entendiéronse al efecto con el conde de Rottemburgh, embajador de Francia en Madrid, y con el marqués de Castelar, hermano de Patiño, que lo era de España en París. Como el plan era igualmente favorable á los intereses políticos de ambas potencias, no fué difícil concertar una alianza, en que se hizo entrar tambien al rey de Cerdeña ⁽¹⁾, estableciendo por bases: que España invadiria los reinos de Nápoles y Sicilia; que efectuada su conquista, uniría sus fuerzas á las de Francia y Cerdeña para lanzar de Italia á los alemanes, mientras los franceses llamarían su atencion en el Rhin; que el rey de Francia no pretendia conservar para sí parte alguna de las conquis-

(1) Carlos Manuel, que habia subido al trono en 1730 por abdicacion de su padre Victor Amadeo. Este monarca se arrepintió luego de su abdicacion, y pretendió, en union con la condesa de San Sebastian, su esposa, recuperar la corona, á costa de inquietar el reino; el hijo hizo todo lo posible por disuadirle de su propósito, pero inútilmente. Por último, al ver su tenacidad, y no habiendo otro me-
dio de evitar una guerra civil, todos los consejeros y magnates del reino convinieron en la necesidad de apoderarse de su persona y encerrarle en una prision. Con mucho dolor ejecutó Carlos Manuel este acuerdo del reino, pero era indispensable cumplirle. Victor Amadeo murió en Rivoli, y la condesa su esposa fué después de la muerte de su marido trasladada á un convento.